



CONSEJO DIOCESANO
C/ SILVA 12 2º - 28004 MADRID
Tel: 91 522 22 67
e-mail: acgmadrid@gmail.com
www.accioncatolica.archimadrid.es

NOTAS PARA EL RETIRO

Noviembre 2020

Tema 2. La fe se vive en la Iglesia

Hablar de la presencia salvadora de Dios en medio de los hombres reclama necesariamente entrar en profundidad en cómo Dios se ha manifestado y en cómo ha obrado: Él se ha hecho presente en la vida de los hombres, en sus lugares de residencia, en su cotidianidad, en sus hábitos, para ofrecerle una nueva dimensión. Esa presencia no se ha dado individualmente, sino que se ha dado a un pueblo, que ha sido convertido en un nuevo pueblo. Por eso, la Iglesia reconoce y confiesa que en la esencia de la salvación está el ser un pueblo, que sin pueblo no hay salvación. Lo hace en la teología y lo hace en la celebración de la teología, en el bautismo, recibiendo al que quiere ser bautizado “por la comunidad cristiana”. Nadie vive con Dios sin un pueblo, ni en la tierra ni en el cielo. Por eso, el don de la fe que salva no “se activa” en nosotros si buscamos vivirla por libre, sino que permanece latente, dormido, mientras el hombre busca sin pueblo a Dios y su felicidad. La fe “se activa” en el momento en el que uno acepta que esta forma parte de un camino juntos, si hay –diríamos en estos tiempos- una actitud sinodal.

Esta actitud no tiene sentido sin su origen, Dios que llama y asocia, y sin su meta, el Cristo total en el cielo, la Cabeza y el cuerpo. La meta no es reunirse, no es ser pueblo, no es mirarnos unos a otros, sino que es Dios que nos reúne en su amor infinito. La imagen gráfica de todo esto la ofrece, en el libro del Éxodo (Ex 12 s.), el pueblo de Israel que es liberado de la esclavitud en Egipto y asociado con Dios para avanzar caminando –penosamente- por el desierto hacia la tierra prometida. En ese camino, con esa gente llena de dudas y debilidades, con su lento avanzar bajo el sol o el frío, la Iglesia se ve ya reflejada, dibujada, anticipada. Así nos pasa tantas veces en las que sentimos que sin la Iglesia volaríamos más alto, que nos sería más fácil creer, hacer según nuestra clarividente perspectiva, decidir o resolver al margen de las debilidades o manías de los demás, de un grupo, de un sacerdote o párroco, de esta o la otra persona, sin sus faltas de fe y sus excesos de miedo. Es más difícil creer que Dios está ahí presente con todo eso, seríamos muchos más sin tantos inconvenientes... pero estaríamos fuera de la Iglesia amada por Dios hasta entregarse por ella. Es en ella en la que está Él, es entre tanta debilidad donde se asegura su presencia misteriosa.

¿A mí qué me hace dudar de los otros cristianos? ¿Bajo qué estrategias voy por mi cuenta? ¿Con quién me dejo engañar para no estar sólo en mi aparente claridad y rectitud, frente a la falta de fe y debilidad de los otros? ¿Experimento la tentación de ir a mi aire, creyéndome más puro y sabio que otros, y aún peor, creyendo que viene de Dios esa clarividencia?

La Iglesia es lugar de vida, no por su perfección sino porque el viviente está en medio de ella, como lo está la fuente en medio del pueblo, a la que todos podemos ir. Cristo no ha dado su gracia a los que ya sabían dónde tenían que ir, sino que la ha ofrecido a los suyos para enviarlos, como a Pedro le advierte: “Otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras”. No es nada nuevo para el creyente que esto sea así, pues así caminó Israel por el desierto durante años: no quedan noticias de los que, en su sabiduría, decidieron tomar otros caminos por el desierto, o en su pereza, decidieron rendirse en su búsqueda, sólo queda de los que siguieron en el grupo con una fe silenciosa y fuerte, temblorosa y atrevida. Moisés guio al pueblo incluso soportando las constantes desconfianzas de los demás, las quejas y el hartazgo de todo un pueblo (Ex 16,2). Moisés no era un guía perfecto, ni siquiera con una fe perfecta, pero estaba ahí puesto por Dios.

Cuando quien guía el grupo, la comunidad, un equipo, no nos gusta, no decide a nuestra manera de ver, la tentación que aparece es pensar que igual es un oportunista, un usurpador, pero no es de Dios. Es la excusa para justificar nuestro camino autónomo, independiente. El cristiano vive constantemente en esa tensión entre vivir la fe solo o vivirla en comunidad, una tensión que bien vivida es fructífera y enriquecedora, pero que mal vivida es fuente de dolor propio y de dolor a otros. La cuestión está en ver que no se trata de elegir entre mi fe o la nuestra, entre cómo yo la entiendo o cómo la entienden los otros, sino de reconocer que mi fe viene por la Iglesia y ella la cuida, con todas las dificultades que puedan surgir. De ahí la necesidad de vivir siempre contrastando lo que me hace crecer en la fe de la Iglesia y lo que me hace crecer en una vivencia individualista, escondida, desconfiada de la fe.

*¿Siento la tentación de vivir la fe a mi manera o de buscar en mi entorno quien la viva como yo creo que debe hacerse, o me atrevo a contrastar, a ser mejorado por la fe de la Iglesia?
¿Descubro la guía misteriosa de Dios, que se esconde entre la miseria y la debilidad humana?
¿Qué busco, un éxito superficial, sensible, emotivo, o la cruda firmeza de la verdad? ¿Sé diferenciar lo que viene de Dios de lo que es fama humana, o me dejo llevar de la moda, no ya en el mundo, sino en la vida de la Iglesia?*

He aquí un engaño ante el que nosotros nunca somos suficientemente probados: el de lo llamativo, lo que “toca el corazón”, como signo de la acción de Dios. Israel aprende la cotidianidad de caminar, de contemplar los mismos horizontes durante cuarenta años, de afrontar el sucederse de las estaciones, los años, los días, sin poder asentarse en una casa, sin construir ni mejorar sus casas... en esa rutina se afianzaba una relación, era evidente que a cada día que pasaba mayor era la certeza de que nada iba a separar a Dios de su pueblo. Esa certeza es el tesoro escondido al hombre, que uno puede cambiar por todas las perlas sin miedo a saber que Dios no nos va a faltar en ninguna circunstancia. ¿Acaso hay don mayor que la fidelidad de Dios? La Iglesia es signo de esa fidelidad.

Por eso, con milagro, como en Masá y Meribá (Ex 17), o sin milagro, como la inmensa mayoría de los días, el israelita aprende a reconocer la cercanía y el cuidado de Dios, en el sol, en la nube, en el agua, en el hermano, en la constancia de Moisés: la fidelidad de Dios viene por el nuevo Moisés, Cristo, y por todos aquellos que tienen que ejercer su misma guía con sus mismas debilidades. Sin embargo, y he ahí también el misterio de la Iglesia, la presencia del Señor guiando a los suyos es constante. No debería tener tanta prisa en cambiar la Iglesia o en arreglar un problema que tengo, como en reconocer la presencia guiadora de Dios, porque la presencia de Dios es certeza de compañía fiel, de solución final, de justicia, más que de una inmediata respuesta consoladora, que puede no ser tan pedagógica o conveniente.

¿Comprendo cómo guía Dios la Iglesia? ¿Valoro las luces para ser fuerte y las sombras para perseverar, o prefiero las luces para estar tranquilo y las sombras para que se acaben rápido? ¿Hago un camino creyente, confiado en la guía que me ofrece la Iglesia, o me vence la comodidad, el tirar por lo fácil, lo intimista, lo emotivo?

El camino de Israel por el desierto es necesario también para que el pueblo fortalezca como parte de su identidad el ser pueblo de redimidos, no de meritorios. Ellos avanzan hacia la tierra prometida no porque han protagonizado una gran escapada, sino porque han visto protagonizar a Dios su liberación “porque es eterna su misericordia”. Si el pueblo, porque Dios camine con ellos, ya se confía a su propia fortaleza y sabiduría, no creará, y no entrará en la tierra prometida. Israel no ha sido pueblo elegido por su gran bondad ni por su capacidad gestora, sino por don de Dios, por un amor gratuito de Dios hacia los suyos, amor que los reúne verdaderamente: ya no somos gente con ascendencia común, ya no somos gente que comparte penares o una localización geográfica, nosotros somos a los que Dios ha amado gratuitamente. Israel debe profundizar en esta conciencia, y camina por el desierto durante cuarenta años porque no lo ha interiorizado aún, se considera lleno de derechos, intocable ante Dios. Si nos ha salvado de la esclavitud en Egipto y de la muerte en el mar, que nos proteja de todo: seremos privilegiados para todo.

Es fácil también creerse en la Iglesia llenos de derechos, adquiridos por nuestro status de cristiano –que es un don-, pero más aún por nuestra aportación a la comunidad –en horas, dineros o ideas-: nada

de esto nos debe hacer olvidar que somos parte de la Iglesia por don de Dios, que es su gracia la que nos sostiene en ella y la que nos alimenta y perdona. Construir una vivencia eclesial fuerte conlleva dejar de lado lo dado, como actitud espiritual, para hacerse fuerte en la experiencia de vivir con humildad el formar parte de un grupo, de una asociación, de lo que sea, por gracia de Dios.

¿Cómo he entrado a formar parte de la Iglesia? ¿Hago experiencia constantemente de ser redimido, doy gracias por ello? ¿Valoro más –por lo que pienso en ello- el don de Dios o mi respuesta? ¿Camino mirando hacia delante, confiado en el que me ha capacitado para estar aquí, o tengo más costumbre de mirar a los lados, lo de unos y otros, perdiendo el frente? ¿Renuevo con frecuencia mi amor a la Iglesia por lo que recibo de ella, por la misma comunidad concreta de la que formo parte, por la necesidad que tengo de ella?